



ACTO SEGUNDO

ESCENA I

NICOLAS, QUE SALE POR EL FORO

¡Todavía están en la mesa....! Paulina me dijo que volviera... ¡Que me tenía que hablar....! Y desde entonces estoy con una inquietud....! que ni siquiera me ha dejado comer.... ¿Qué me querrá? Bien sabe Dios que no atino.... Tampoco comprendo mi repentina elevación, ni los cumplimientos de estas gentes, ni.... Ya parece que no soy para ellos el insignificante y obscuro Nicolás.... Todo lo contrario, ahora soy Mr. Rosier, y se me convida para el baile, y.... ¡Qué cambio de decoración....! Lo único que sí me enfada, es que he reparado ciertas ojeadas entre ciertos sujetos; ciertas palabras dichas al paso y al oído, que.... Ello no sé en lo que con-

siste, pero desde que he sabido á quién le debo mi nuevo empleo, ya no me parece éste tan agradable.... El tal Príncipe... Vamos, me he puesto de un humor.... Desearía como quien soy, encontrar aquí á la mano con quien desahogarme... A bien que si no, ya tengo subalternos que lo paguen.... ¡Pobre del que siquiera tosa hoy delante de mí! (Se pasea en el foro muy agitado.)

ESCENA II

DICHO Y MILORD POR LA DERECHA.

MILORD.

(Aparte y colérico.) ¡Oh, yo estar relleno de furor....! ¡Goddem....! ¡Una miss francesa tratar á mi de este modo! Yo que venía todo contento á decir á ella que estar ya todo en regla para casarnos á la noche.... Y ella entonces decir á mí á la oreca:—Oh señor, yo no poder sufrir á usted.... Y yo querer ir mejor á todos los conventos de París, que no ir á la iglesia con usted.—

NICOLAS.

(Aparte.) ¡Lo que tarda!

MILORD.

Ya se vé.... esto me llevó el apetito.... y...

NICOLAS.

(Aparte, y hace que se va.) Estoy por irme y volver después.

MILORD.

¡Ah, perro, perro peis de franceses! (Dando una patada, y volviéndose hacia el cuarto de donde salió.)

NICOLAS.

(Deteniéndose y volviendo la cabeza.) ¿Qué diablos le ha sucedido á este hombre?

MILORD.

(Hacia el bastidor.) Esta miss Paulina, ser una pequeñita loca....

NICOLAS.

(Aparte.) ¡Cómo es eso....!

MILORD.

(Id.) Una pequeñita coqueta.... Una pequeñita....

NICOLAS.

(Id.) ¡Habrá insolente! Y cabalmente no buscaba yo otra cosa.... (Yendo hacia donde está Milord.) Oiga usted.... ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿De quién habla usted?

MILORD.

¡Waht! ¡Waht!

NICOLAS.

Aquí no hay vot que valga.... Lo que yo le pregunto á usted es lo que decía usted y de quién lo decía.

MILORD.

Yo decir lo que querer.

NICOLAS.

Es que yo no quiero que hable usted de la señorita Paulina en estos términos.... ¿Lo entiende usted....? Que no hay en todo Londres ni Reina, ni Archiduquesa que merezca descalzarla.

MILORD.

¡Ah! ¿usted ser el amigo....? (Aparte.) Y ser el quizá también la causa de no querer ella ir á la iglesia con mi.

NICOLAS.

Sí, señor.... soy su amigo.... y me honro con tener este título.

MILORD.

¡Oh, muy bien....! Entonces vamos á batirnos nosotros.

NICOLAS.

(Admirado.) ¡A batirnos....! Toma, y ¿por qué no? Es una idea como otra cualquiera.... Y pensándolo bien, lo mismo se me da refrescarme la sangre á costa de éste, que refrescármela á costa del Preste Juan. (Alto.) Y bien, sí señor, nos batiremos.

MILORD.

¿Ahora mismo?

NICOLAS.

Ahora mismo.

MILORD.

¿Con espada ó con pistola?

NICOLAS.

Me es igual.... Con las dos cosas á un tiempo, si usted lo quiere.

PAULINA.

¡Cielos, qué oigo!

MILORD.

¿En el Parque?

NICOLAS.

Junto al Dragón.

MILORD.

Allí esperar yo á usted. (Se va.)

NICOLAS.

No, no me esperará usted mucho.
(Hace que se va. Paulina sale, lo alcanza, y lo toma por la mano.)

ESCENA III.

NICOLAS Y PAULINA.

PAULINA.

¿Dónde va usted?

NICOLAS.

¡Ella es!

PAULINA.

Sí, señor, yo soy.... Que he pretextado una jaqueca para levantarme de la mesa, y.... Pero, respóndame usted... ¿Dónde iba usted?

NICOLAS.

(Turbado.) Iba... En casa del Ministro para que firmara algunos papeles.

PAULINA.

Usted me engaña

NICOLAS.

¡Yo....! ¿Cómo?

PAULINA.

Sí, señor, usted me engaña, usted iba á batirse con ese inglés.

NICOLAS.

No lo crea usted.

PAULINA.

Sí, usted iba á batirse con él, no lo niegue usted.... Yo misma les he oído hablar á ustedes de espadas, de pistolas....

NICOLAS.

(Haciendo un esfuerzo.) Y bien, es verdad.... A eso iba.

PAULINA.

Pero, ¿por qué?

NICOLAS.

¿Por qué? Porque en mi presencia ha tenido el atrevimiento de hablar mal de usted.... Y porque por lo mismo que usted se encuentra sola y aislada, por lo mismo es deber mío tomar su defensa, no sólo contra él, sino contra cuantos....

PAULINA.

¡Ay Dios mío! Según eso, ¿usted es valiente?

NICOLAS.

Qué sé yo.... Pero si no lo soy, tanto peor para mí.

PAULINA.

¿Y sabe usted acaso batirse?

NICOLAS.

Ni pizca.... pero en cerrando los ojos....

PAULINA.

Excelente receta para hacer buena puntería.

NICOLAS.

A lo menos, para salir pronto del paso

PAULINA.

Vaya, Nicolás, sea usted razonable.... Es menester disimular algo á ese inglés, porque como se quiere casar conmigo, y yo no quiero, es natural que.....

NICOLAS.

No es natural, no señora: ¡pues no faltaba más....! Conque porque una mujer no nos quiere, ¿hemos de poder nosotros ponerla de oro y azul....? Bueno andaría el mundo entonces.

PAULINA.

Pero, en fin, ¿qué ha dicho ese inglés de mí?

NICOLAS.

Mil horrores.... Que era usted una coqueta.

PAULINA.

Déjelo usted que lo diga.... ¿Qué importa?

NICOLAS.

No, señora, no quiero que nadie lo diga.... Ni que lo imagine siquiera.... Sobre todo... (Aparte.) Sobre todo, desde que empiezo á temer que sea verdad.

PAULINA.

(Con ternura.) ¿Y si le mata á usted?

NICOLAS.

Si me mata.... Bueno.... Esté usted segura de que no diré después, esta boca es mía. Muy por el contrario, lo miraré casi como un favor.... porque usted lo sentiría probablemente.... un poco.... Y pensará en mí alguna vez.... Y añadirá quizá: ¡Pobre Nicolás! era un buen muchacho.... No tenía en este mundo otra cosa que le perteneciera sino su vida, y la perdió con gusto por mí.... Si más hubiera tenido, más hubiera perdido con el mismo gusto.

PAULINA.

(Enternecida.) ¡Ah, cómo puedo no amarle!

NICOLAS.

Luego.... Si me matan, como usted dice.... es más que posible que no volveré á pensar en cierta cosa que.... Que, la verdad no puedo ahora digerir, por más que hago.

PAULINA.

¿En cuál?

NICOLAS.

(Aparte.) Yo se lo digo.... Al cabo si me han de matar, no es gran cosa lo que arriesgo. El caso es que.... (Alto.) Porque ha de saber usted, señorita Paulina, que lo que es á ese Príncipe de Souvise.... A mi protector.... Lo quiero lo pro-

pio que á un dolor de muelas.... Vamos, no lo puedo sufrir.

PAULINA.

Pero, ¿qué razón tiene usted para...?

NICOLAS.

La razón que tengo es.... que hay momentos en que recelo que ama á usted.... y....

PAULINA.

¿Y no hace usted más que recelarlo?

NICOLAS.

¿Cómo!, ¿qué si no hago más que recelarlo...? ¿Le parece á usted todavía grano de anís?

PAULINA.

Lo digo, porque si usted no pasa de ahí, yo voy más adelante; pues lo sé de positivo.

NICOLAS.

¡Qué tal! ¡Si me lo temía yo bien....! Y como pudiera suceder igualmente que por parte de usted....

PAULINA.

No, lo que es eso, se equivoca usted de medio á medio.

NICOLAS.

Es que no se me han escapado ciertas señas y miradas, y.... (Meneando la cabeza.) Como que

me parecían ustedes dos telégrafos.... Además, cuando le enseñé al Príncipe la dichosa sortija, me acuerdo ahora que me dijo que la destinaba usted par dársela á quien usted amara.

PAULINA.

¡La sortija....! ¡Es verdad! Y se me había ya olvidado.... ¿Qué, se habrá quedado con ella?

NICOLAS.

¡Qué se había de quedar....! ¡Pues poquito apretada la tenía yo entre estos dos dedos....! No, señora, aquí la tiene usted.... También á mí se me había olvidado el volvérsela á usted; y puesto que ha de ser para quien usted ame... Aquí la tiene usted.

PAULINA.

(Rechazándole la mano.) ¿Para qué....? ¿Acaso se la he pedido ya á usted?

NICOLAS.

(Absorto.) ¡Cómo....! ¿Dice usted que....?

PAULINA.

(Con un poco de enfado.) Jesús, y qué cabeza tan dura.... Sí, sí, guárdesela usted.... ¿No lo entiende usted todavía?

NICOLAS.

(Fuera de sí.) ¡Qué oigo....! ¡Sería posible...!

PAULINA.

Calle usted.... No venga alguno, y....

NICOLAS.

(Fuera de sí.) ¿Usted me amaría?

PAULINA.

(Con ternura.) Y bien, sí, amigo mío.... ¿A qué disimularlo por más tiempo? A usted es á quien amo, á quien amaré toda mi vida.... Porque usted ha sido siempre indulgente para mí, sensible, generoso.... Usted es el único protector que quiero.... El único marido.

NICOLAS.

¡Yo! ¡Marido de usted....! ¡Dios mío! y luego dicen que una alegría mata....! ¡Yo....! Pero la distancia que nos separa....

PAULINA.

Ella desaparecerá.... Fíese usted de mí.... Sus ascensos de usted corren desde hoy de mi cuenta.... Las mujeres entendemos esta clase de negocios mucho mejor que ustedes.

NICOLAS.

Ya, pero es que yo no quisiera ascender con el otro por lazarillo, porque....

PAULINA.

(Poniéndose el dedo en la boca.) ¡Chitón!, y sobre todo, confianza absoluta! ¡Sumisión ciega! ¿Qué puede usted temer ahora, puesto que amo á usted, y que se lo digo? A propósito, ¿supongo que ya no pensará usted en batirse con Milord Kingston?

NICOLAS.

Ahora más que nunca.... ¡Amarme usted, y querer él casarse con usted....! ¡Mayor atrevimiento! ¡Pistoletazo mejor merecido!

PAULINA.

Pero, Nicolás....

NICOLAS.

Cuando le digo á usted que lo merece.... Y se lo daré.... que me mate ó que no me mate.... yo se lo juro á usted. (Aparte.) Cabalmente, me estará esperando para eso.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Pues he adelantado bastante! ¡Válgame Dios!, ¿qué haré? (Alto.) ¿Y se puede saber cuándo, á qué hora es esa fatal entrevista?

NICOLAS.

(Con intención.) ¡Oh! no es hasta mañana.... Al rayar el día.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Mañana....! Entonces hay tiempo de.... Y yo sabré impedirla. (Alto.) ¿Pero no ha parado un coche? Sí.... Será alguna visita.... O quizá la Baronesa que saldrá, y... Váyase usted, váyase usted.... Y venga usted temprano al baile.

NICOLAS.

Pierda usted cuidado.... Adiós, señorita Pau-

lina.... (Aparte al irse.) Busquemos á Milord, no sea que se impaciente.

ESCENA IV

PAULINA, Y DESPUES EL PRINCIPE.

PAULINA.

¡Oh, no se batirá....! ¡Primero haré poner en la Bastilla á toda la Inglaterra....! (Se acerca al tocador con agitación.) ¡Y tener uno ahora que ocuparse del traje y del peinado, para este maldito baile....! No se me ocurre ningún expediente.... Ninguno.... Al cabo tendré que valerme del Príncipe, y.... Si le indispusiera con los ingleses.... ¿Si consiguiera por su medio que se echase á todos ellos de Versalles? ¿Y cómo? Esa es la dificultad.... ¡Dios mío, para qué se le antojaría al tal Milord Kingston el llamarme coqueta! (Apercibe al Príncipe con el rabo del ojo.) Ah, el Príncipe.... Viene muy á propósito.... En efecto, picándole un poco el amor propio que tiene.... Y que tiene amor propio de Príncipe.... Quizás.... Hagamos ahora la deshecha, y veamos después por dónde salimos. (Se sienta al tocador, coge unas flores y hace como que está acabando de peinarse.)

PRINCIPE.

(Aparte saliendo por la derecha.) Allí está.

PAULINA.

(Aparte.) Sí, el cielo me inspira esta idea.

PRINCIPE.

Conspirando siempre contra los pobres hombres. (Acercándose poco á poco, y apoyándose sobre el respaldo de la silla de Paulina.)

PAULINA.

(Fingiéndole que la coge de sorpresa.) ¡Jesús, señor, y qué susto me ha dado usted!

PRINCIPE.

Tenía tanta impaciencia por volver á encontrarme contigo á solas.... Para que siguiésemos la conversación que entablamos á hurtadillas en la mesa....

PAULINA.

¿Que entabló usted, quería usted decir?

PRINCIPE.

Lo mismo da.... Y para eso me senté á tu lado.... Así, no te puedo figurar lo eterna y fastidiosa que me ha parecido la última parte de la comida.... Dichosamente que la Baronesa se levantó para ir á visitar á su querida parienta.... que el Conde tuvo que salir á saber cómo estaba de su indigestión no sé qué palaciego.... Y que á Julia la llamaron porque acababa de llegar la modista con el vestido para el baile.... Entonces me aproveché de la ocasión, y vine á buscarte.... Verdad es que no creí que estabas

ya á vueltas con tu peinado.... tratando de hacerle todavía más bonita de lo que eres.... ¡Como si eso fuera posible....! ¡Como si necesitaras tú de adorno alguno para deslucir á todas las demás mujeres!

PAULINA.

Si me he puesto al tocador, crea usted, Príncipe, que ha sido bien maquinalmente.... porque tengo un humor.... una cólera....

PRINCIPE.

(Sonriéndose.) ¿Contra mí?

PAULINA.

Contra todo el mundo.... y sobre todo, contra el Gobierno.

PRINCIPE.

(Riendo.) ¡Ay, Dios mío!

PAULINA.

Porque, ó yo me equivoco mucho, ó las cosas marchan muy mal.

PRINCIPE.

(Riendo más fuerte.) ¡Oh! muy mal.

PAULINA.

Sí, ya sabía yo que se iba usted á burlar de mí..... Una chieuela de diecisiete años, que piensa por casualidad en otra cosa que no sea en moños y amoríos, es sumamente ridícula.... ne

hay duda.... Pero qué quiere usted.... no es tampoco culpa mía, que yo no pueda ver con indiferencia que se humilla á mi patria.

PRINCIPE.

(Riéndose siempre, coge una silla y se sienta enfrente de Paulina, que sigue peinándose.) Pero, señor, ¿qué diablos dice esta muchacha?

PAULINA.

¡Insultar así nuestros hombres más ilustres, los mejores amigos que tiene el Rey!

PRINCIPE.

(Levantando la cabeza.) Los mejores amigos del Rey.... ¿Qué, se tratará acaso de mí?

PAULINA.

¿Y de quién quiere usted que sea?

PRINCIPE.

(Con altivez.) ¡Oiga! Pues yo quisiera saber quiénes son los temerarios que se permiten....

PAULINA.

¡Toma....! ¿Acaso pueden ser otros que esos ingleses tan vanos, tan insolentes, que nos tratan con tanto desprecio.... desde que por ellos hemos desdenado la amistad del Austria? ¿Y sabe usted lo que dicen ahora....? Que si hemos aceptado su alianza, es porque no podíamos otra cosa; que no teníamos medio alguno de hacerles la guerra.... que no contamos siquiera con un triste general que sepa mandar tres batallones.

PRINCIPE.

(Picado.) ¿Cómo es eso?

PAULINA.

(Volviendo la cabeza.) ¿Le gusta á usted esta rosa?

PRINCIPE.

(Distraído.) Muy bonita.... ¿Conque esos señores afirman que no contamos con ningún general?

PAULINA.

(Aparte.) ¡Ya sintió la banderilla....! (Alto y peinándose.) Excepto usted, Príncipe.... de quien se burlan, sin embargo, llamándole á boca llena se burlan, sin embargo, llamándole á boca llena héroe de papel de estraza, y Mariscal de Francia que se marea con el olor de la pólvora.

PRINCIPE.

(Entre dientes.) ¡Canalla!

PAULINA.

Como si el sitio de Friburg ó el asalto de la fortaleza de Malinas, lo hubiera usted hecho desde el tocador de alguna elegante de París.... ¿Me alarga usted un alfiler, Príncipe?

PRINCIPE.

(Lisonjeado.) ¡De todo se acuerda esta Paulina; es mucha muchacha! Y en efecto, cuando me apoderé de Malinas.... ¡Ah, perdona, se me había olvidado que me habías pedido un alfiler....! (Se lo da.) Pero volviendo á los ingleses....

PAULINA.

¿Le parece á usted que me estaría bien un lugar.... aquí, en este sitio?

PRINCIPE.

Un si es, no es, más abajo.... con algo más de colorete para que realce aquél más.... Y como decía, me conocen muy mal los que se imaginan que me ocupo de futilidades.... Ponte todavía más colorete.... Y en cuanto á los ingleses....

PAULINA.

También añaden que nada tienen que temer tampoco de la diplomacia francesa, porque como en el consejo de Ministros no hay ningún hombre de Estado, según ellos.... y eso que no pueden ignorar que usted sea del consejo.... siendo público desde esta mañana, y.... Pero quizá lo digan por lo mismo, con toda malicia....

PRINCIPE.

(Levantándose indignado.) Vamos, si parece imposible semejante descaro.

PAULINA.

(Siempre sentada.) Mr. Rosier lo ha oído... El joven á quien hizo usted nombrar esta mañana jefe de la sección de fondos secretos.... Y se indignó de tal modo, que quería batirse con media docena de ellos.

PRINCIPE.

¡Ah! Bah.

PAULINA.

(Con fingido candor.) ¡Es tan buen sujeto! ¡Y le está á usted tan reconocido....! Sería capaz de arrojarse en una hoguera por usted.... Pero yo le dije que eso sería meterse en camisa de once varas.... y no eran cuentas suyas.... y que.... ¿No he hecho bien, Príncipe?

PRINCIPE.

Sin duda.... sin duda.... (Agitado.) Yo no dejo que nadie se tome el trabajo de vengar mis propias injurias.... Y ya verás si luego que conozca yo quiénes son los que.... ¿Conque, me dices quiénes son?

PAULINA.

¡Jesús! Todos ellos.... empezando por los de la embajada.... lo que probaría, en mi concepto, que el gabinete de San James entra por algo en este sistema de difamación.

PRINCIPE.

¡Qué infamia! ¡Y también Lord Albermarle, el Embajador! Siempre me temí yo (Entre dientes) que no me había de perdonar nunca el que le hubiera desbancado en sus amores con Chucha la bailarina.

PAULINA.

¿Qué decía usted?

PRINCIPE.

Nada, una disputa que tuvimos.... sobre quién

había de tener el paso en cierta función de corte.... Pero no crea que ahora se ha de quedar la cosa así.... Y hoy mismo me ha de dar una satisfacción, ó....

PAULINA.

(Aparte.) ¡Qué locura! ¡Ni qué ganaría yo con eso! ¿Acaso querrá él? (Alto.) ¿No ve usted que los Embajadores no se baten sin permiso de sus gobiernos respectivos?

PRINCIPE.

Es verdad.

PAULINA.

Y sin embargo, es preciso castigar á esos insolentes.

PRINCIPE.

Sin duda; ¿pero cómo? Después de todo, yo no me puedo enfadar contra toda la Inglaterra.

PAULINA.

(Mirándole, y lentamente.) ¿Por qué no? Si yo me hallará en el lugar del Príncipe de Soubise... si yo fuera y pudiera lo que él es y puede.... dentro de dos horas.... no me quedaría un inglés en Versalles... Ni uno sólo.... A todos se les enviarían sus pasaportes, y.... Buen viaje.

PRINCIPE.

¡Los pasaportes á la Embajada! (Con seriedad.) ¿Sabes lo que me propones? Equivale á declarar la guerra.

PAULINA.

(Aparte.) ¡La guerra! ¡Ay Dios mío!, no sabía yo qué quería decir eso. Ello.... después de todo, si no queda otro remedio.... (Se levanta.) Y bien, sí, la guerra.... No quería indicar otra cosa.... Que aprendan esos extranjeros á conocer al Príncipe de Soubise en el campo de batalla; y cuando haya vengado el honor del nombre francés....

PRINCIPE.

(Sonriéndose.) ¡Qué entusiasmo! ¡Y qué bien te sienta....! Se me figura que estoy viendo á la Doncella de Orleans....

PAULINA.

Ah, si yo fuera hombre....

PRINCIPE.

(Riendo.) Oh, si tú fueras hombre....

PAULINA.

Sí, Príncipe, sí.... ¿Qué quiere usted? Amo con pasión la gloria.... éste es mi flaco.... y tengo formada tan alta idea de lo que es un héroe que vuelve á su patria cubierto de laureles, que.... (Mirándole tiernamente) que me parece imposible pueda existir corazón alguno que le sepa entonces resistir.

PRINCIPE.

(Con fuego, y tomándole la mano.) ¿Qué, lo crees tú así?

PAULINA.

(Sonriéndose.) ¡Y también lo cree usted así, Príncipe.... le espera á usted tanto género de triunfo!

PRINCIPE.

(Pensativo.) ¡Vamos, sería una locura!

PAULINA.

(Aparte.) El caerá.... (Alto.) ¡Oh, qué duda tiene!, soy una loca, pues que quiero que la Francia sea respetada.... y el Príncipe de Soubise adquiriera fama y nombradía.... lo que es, en verdad, muy ridículo de mi parte.... lo que no tiene sentido común.

PRINCIPE.

(Titubeando.) Mujer, yo no digo eso, sino que esto de romper con la Inglaterra....

PAULINA.

Gran cosa por cierto: si rompemos con la Inglaterra, nos quedará el Austria y.... ¡Pobre Emperatriz María Teresa, tan bondadosa! ¡Tan noble....! Y tendiéndonos los brazos.

PRINCIPE.

(Reflexionando.) En cuanto á tendernos los brazos y apetecer con ansia nuestra amistad, es innegable que el Austria.... Por señas que su Ministro en Francia, el Conde Estaremburg, me hace más reverencias.... Pero el caso es que

me he pronunciado sobre este asunto en el cuarto del Rey, de una manera tan positiva....

PAULINA.

¿Qué importa? Dirán cuando más que ha variado usted de opinión.... ¿Es esto, por ventura, tan extraño en un hombre de Estado?

PRINCIPE.

No, no es muy extraño por cierto... Pero si tú reflexionaras un poco, conocerías....

PAULINA.

Pues yo no quiero reflexionar nada.... No quiero conocer nada.... (Impaciente y con las lágrimas en los ojos.) Y si no se declara esa guerra.... y si todos los ingleses no se van esta noche, estoy segura que me dará una enfermedad.... que me moriré de una pesadumbre.... Aunque ninguna de las dos cosas le importan á usted, según se ve, un pito.

PRINCIPE.

(Inquieto.) ¿Qué dices? ¡Morirte tú de pesadumbre....! Luego hay en este negocio más de lo que parece?

PAULINA.

¿Quién lo niega....? Sino que usted no adivina nada.... Ese novio que detesto... con quien me obligan á casar esta noche.... es un inglés.

PRINCIPE.

¿Un inglés?

PAULINA.

(Mirándole con calma.) ¿Lo comprende usted ahora? ¿Cae usted ya en ello, y por lo que quiere que se vayan todos esta noche?

(Se vuelve al tocador, y empieza de nuevo á andar en su peinado.)

PRINCIPE.

(Vivamente y paseándose agitado.) ¿Y por qué no te explicabas antes? ¡Privarme de ella....! ¡Esta noche....! ¡Después de todo lo que he hecho....! Oh, no hay duda, lo que ellos quieren, es sólo desesperarme, burlarse de mí. ¿Y lo puedo yo sufrir....? Por otra parte, lo que Paulina me acaba de decir.... La alianza con María Teresa.... La conducta atroz de Inglaterra.... ¡Llamarme héroe de papel de estraza....! ¡Mariscal de Francia á quien marea el olor de la pólvora....! Es claro que se ha insultado á la Francia.

PAULINA.

(Sin volver la cara.) ¿Ahora se desayuna usted de eso?

PRINCIPE.

(Paseándose agitado.) Lo más terrible del caso es que Madama Pompadour está encaprichada en favor de los tales ingleses, y.... Con todo, habría un medio.... Reconciliándome con Choiseul y con Richelieu que abogan los intereses del Austria.... haciendo que Staremberg maniebre por su lado.... acariciando á unos.... amenazando á otros.... podríamos quizá intentar....

PAULINA.

(Con los brazos abiertos, volviéndose hacia él con gracia.) ¡Ah, usted me encanta!

PRINCIPE.

(Deteniéndose á contemplarla.) Y tú me.... ¡Jamás, jamás ha existido mujer más linda....! En fin, me decido, y suceda lo que suceda... Voy á palacio... Corro, y.... Pero antes, bueno será que estipulemos nuestras condiciones.... No olvides que me expongo á perder en un instante mi crédito en la corte.... Y quién sabe si también mi empleo y fortuna.... sólo por librarte de un himeneo que haría tu desgracia.... Por lo mismo, es natural que yo exija siquiera de tí la recompensa.

PAULINA.

¡Ah, cuente usted con mi eterna gratitud!

PRINCIPE.

¡Con tu gratitud! Bien, no digo que no sea algo.... pero no es bastante

PAULINA.

¿Cómo?

PRINCIPE.

Acuérdate de lo que te insinué á voz baja en la mesa.... Es de absoluta necesidad que yo te hable sin testigos ni interrupciones.

PAULINA.

(Bajando los ojos.) Príncipe....

PRINCIPE.

Se trata de tu felicidad.... (A media voz) de la mía.... Estoy decidido á que un enlace secreto nos úna para siempre.... Mi propio capellán.... en mi capilla.... ¿Lo entiendes ahora? Pero primero es necesario que convengamos en el modo.... y en lo que después hemos de hacer, hasta que la cosa se pueda declarar.... Para eso te enviaré luego mi coche, y cuando la gente esté más engrescada en el baile, te escurres, conferenciamos en mi casa, y antes de que se pase media hora estás ya de vuelta, sin que nadie haya tenido tiempo para echarte de menos.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Infame! Si me dejara llevar de mi indignación....

PRINCIPE.

(Aparte.) Bueno, que lo piense. (Alto.) Conque, ea, Paulina, ¿me lo prometes?

PAULINA.

(Bajando los ojos.) Oh, yo no prometo nada.

PRINCIPE.

(Instando.) Vamos, dime que vendrás: dícelo á tu futuro esposo.

PAULINA.

(Fingiéndose embarazo.) Pero....

PRINCIPE.

(Aparte.) Ya titubea.... De tí depende llamar te pronto la Princesa de Soubise.

PAULINA.

(Fingiendo embárazo.) Y bien.... Veremos...

PRINCIPE.

(Aparte.) Ya es mfa.

PAULINA.

Pero no se detenga usted más.... corra usted á vengar su patria.... y ese nombre que usted me ofrece.

PRINCIPE.

Tienes razón.... Adiós.... Pero mira que te espero. (Se va.)

ESCENA V.

PAULINA, SOLA.

(Siguiéndole con los ojos.) Sí, espérame.... hasta que yo vaya, y no darás corta prueba de paciencia. ¡Qué hombres! y ¡qué poco diestros son! cuando más, nos engañan....! Ello, algún trabajo me ha costado decidir al Príncipe á que liciera lo que yo deseaba.... pero al cabo lo hará, y.... ¡Con tal que no me quede esta noche ningún inglés en Versalles! Sólo así puedo estar segura de que no se batirá el pobre Nicolás con ese necio de Milord Kingston.... ¡Y sería tan desgraciada toda mi vida, si hoy le sucediera algo! (Viendo á Nicolás con la mano envuelta en un pañuelo negro.) Pero, cielos, ¿qué veo? ¿Qué significa esto?

ESCENA VI

NICOLAS, Y DICHA.

NICOLAS.

Tranquilícese usted.... Todo se concluyó ya.

PAULINA.

¿Se concluyó? ¿Luego usted me habfa engañado?

NICOLAS.

No, pero no quise asustar á usted diciéndole que nos íbamos á batir en aquel momento.

PAULINA.

¡Dios mío....! Y ese pañuelo negro.... ¿Estará usted herido?

NICOLAS.

Si no es nada.... Un mero rasguño.

PAULINA.

¡Infeliz de mí....!

NICOLAS.

No se apure usted.... Cuando le digo que no es nada.... Absolutamente nada.

PAULINA

¿De veras?